

republicano, le decían : ayer fuiste monarquista, hoy estás de furioso demócrata, sin haber dejado de ser bonapartista, como tu padre, todo por dinero. Y el negocio de Bruselas, oh amigo, ¿se te olvida»? Este negocio de Bruselas era una barata ó contrata fraudulenta en la cual el poeta había ganado, ó por mejor decir, robado muchos miles de francos, según los sicarios de tinta de Luis Bonaparte. Víctor Hugo no tiene fama de manirote; y hace bien de no serlo; mas á la pureza de su alma ¿quién podrá tocarle sin proferir calumnias? Envidia, venganza son arpias; ensucian lo que tocan, y los más ricos manjares quedan envenenados. Mas la Verdad, doncella milagrosa, y el Tiempo, viejo depurador, vienen, lavan, y todo queda limpio. Dupanloup, mitra con pluma, pluma tajada en forma de pico de águila, nada pudo contra el bardo; y hubieran podido algo periodistas de menos de la marca ! Si Víctor Hugo contestó, no sé; pero sí sé que antes había escrito *Los Castigos*. Lamartine no ha escrito *Los Castigos*, como Víctor Hugo, ni *Los poetas ingleses y los críticos escoceses*, como Byron : él no : como bueno, como santo se contentaba con decir : « Mi alma es vivo fuego que devora y consume cuanta inmundicia arrojan sobre ella los perversos ».

Los ancianos son respetables, no por el número de sus años, dice la Escritura, sino por la prudencia, que es la vejez del hombre. Vida sin mancilla es larga vida. No me he estrellado contra la prudencia, que es la vejez del hombre, mas aun contra la intemperancia del corazón y la palabra. Viejos incautos, viejos malévolos, viejos agresivos son mozos desvergonzados á quienes conviene reprimamos en favor de las buenas costumbres. Los que en medio

de los vicios y las malas obras alegan sus años como carta de inmunidad, no tienen en la memoria las leyes divinas, ni juzgan que las humanas les imponen obligaciones. Así como los ministros del culto, los sacerdotes de Dios, á causa de su investidura están más obligados á la continencia y la abstinencia que el globo de los hombres, asimismo á los viejos, en cuanto seres añosos, les obligan más fuertemente la cordura y la mesura. Viejo que se pierde el respeto á sí propio, no es acreedor al de sus semejantes. Oh ancianos, sed dioses en la tierra, sedlo por el ejemplo del bien y la práctica de las virtudes, y no pasaremos por vuestro lado sin descubrirnos, como ante la sabiduría encarnada en cuerpo venerable.

BANQUETE DE PLATÓN

Aunque este filósofo no había asistido al de Xenofonte, juzgó bueno corresponder á la atención de su amigo, ya para que él viese cuán lejos se hallaba de mirar con indiferencia sus demostraciones de aprecio, ya para que los demás no columbrasen quizá un resabio de altanería en la ausencia del fundador de la Academia. Si bien no era él tenido por hombre que rehuía el trato social, ni por hosco y bravo á quien enfadan conversaciones amenas y familiaridades instructivas. Antes por el contrario Platón se era uno que aconsejaba á sus camaradas sacrificar á las Musas, y no entregarse á las melancolías de la soledad y las amarguras secretas del aislamiento, las cuales, sobre ser ellas mismas grave pensión, suelen criar y alimentar ese

afecto que se llama orgullo ó fiereza del alma. Sacrifica á las Musas, le decía á Díón, en respuesta á una carta donde éste daba rienda suelta á la misantropía, explayando en negras olas el mar de crudas sensaciones que rebosaban en su pecho. *La torbidez del ánimo* es disposición dolorosa que sirve de castigo al que no se hace con los hombres, y no llega, sino á quererlos, por lo menos á compadecerlos á fuerza de benevolencia. Mucho hay que perdonar en ellos para poderlos estimar; para quererlos, ha de tener uno mucho de santo, de esos que cumplen con el precepto de Dios con amar á sus enemigos. Bueno sería reirse de ellos en todo caso, á ejemplo de Demócrito, ó verter lágrimas por sus miserias, según que las vertía Heráclito; mas no siempre se halla uno en vena de risa, ni es tan sensible ó tan majadero que se ponga á llorar por farándulas de embaidores ni maldades de pícaros que están requiriendo una docena de paños. Virtud es la tolerancia; el sufrimiento gran virtud: quien no sabe disimular á tiempo, nada sabe. ¿Mas qué sería de la justicia si maldades y bajezas fueran olvidadas tan pronto como verificadas? El juez corrige con penas efectivas; filósofos y moralistas con la ley aplicada al fuero interno, donde lastiman el corazón y acribillan el alma con los azotes que les dan en esas regiones no vistas sino por el Inquisidor para quien no hay obscuridad que oculte el crimen, ni soledad que le haga la cama al pecado.

Díón estaba más en lo justo que Platón cuando expresaba su desabrimiento en cláusulas acedas; estaba más en lo justo, si su enojo era nacido de causas grandes, como son horror de las maldades, odio á los malvados. Mas Platón no había querido que ese agrio filósofo se volviese

cómplice de ellos con la ciega tolerancia; su deseo era que doblase la rodilla ante la hermosura, sonriese con los niños, y no desdénase los goces inocentes, que son las flores de la vida. Platón sacrificaba á las Musas por su parte. Llamar uno á sus amigos predilectos á su casa, solazarse con ellos en distracción delicada, comiendo sobriamente y bebiendo á la salud de los que la merecen, es también sacrificar á las Musas. Convidó, pues, el director de la Academia á Sócrates, su maestro; á Xenofonte, el capitán filósofo, tan duro con la espada como suave con la pluma; á Alcibiades, libertino brillante, sin el cual no había cosa cumplida; al viejo Lycón y su hijo Autólico, rival éste de Critóbulo por la belleza: Antístenes, pobre y rico, de conversación subyugadora tanto como de costumbres acrisoladas, era timbre de las reuniones de los sabios. Hermógenes estaba allí; y Fedón, que había vuelto de Cicione, no podía faltar á una comida de su condiscípulo, quien le honraba con distinguirlo entre todos cuantos eran los alumnos del hijo de Sofronismo. Aristóteles, como queda insinuado, andaba ya torcido con su maestro; por donde se excusó de ir á su casa, no menos que se excusara de concurrir al banquete de Xenofonte.

Con esta negativa el número de concurrentes quedó descabalado. Platón no era hombre de faltar al principio de que los números impares agradan á los dioses: *impare Deus numero gaudet*. Conflicto fué verse ocho personas, siete convidados y él. Mas ¿cuál no fué asimismo su satisfacción cuando recibió de Alcibiades aviso de que no concurriría al banquete, á causa de grandes y muchas ocupaciones que habían sobrevenido sin que él lo hubiese pen-

sado? Y no era sino que el gentil mozo recibiera ese día una esquila perfumada : « Hoy comerás conmigo : es convite de dos personas. Si te gusta el rostro á rostro con Lastenia, ven á las cuatro ». No digo á un banquete de Platón; á uno de Apolo hubiera renunciado por el convite de la hermosa cortesana. Cuando dijo, pues, en su excusa que ocupaciones muchas y grandes se habían puesto de por medio, faltó el bellaco á la verdad : ¿mas cómo no echar una olorosa mentira yendo de suceso tan grato como la llamada de una como Lastenia? Platón, habiendo faltado Aristóteles, estaba triunfante con la ausencia de Alcibíades : el número siete es el más propicio, y esto desde la antigüedad; el más misterioso, el más fecundo. Los sabios de la Grecia pudieron haber sido nueve, diez ó doce : los griegos encerraron la sabiduría en el siete, guarismo sublime. Las maravillas del mundo, otro que tal, hubieran sido hasta veinte, si todo iba á contar las fábricas portentosas del Asia civilizada y la Europa : los griegos tuvieron por bien comprender las artes en el siete, cifra que goza de cierta infinidad incomprensible. Los romanos heredaron de los griegos la veneración por el siete : para los judíos era emblema de cosas santas : el candelero del templo tenía siete brazos. Los cristianos lo han vuelto símbolo de sus misterios : las virtudes teologales, los pecados capitales son siete : siete los dolores de María. Todo lo obscuro, lo grande se compone de siete y en siete se descompone. El tres y el siete, sacerdotes que presiden el mundo moral, sacerdotes apenas conocidos, bien como las pueras fatídicas, retraídas en sus viejas torres ó en sus profundas selvas, profetizaban obscuramente la suerte de los germanos y los galos.

Dije mal cuando dije que esos seis convidados se hallaban presentes en casa de Platón; no fué en su casa; en los jardines de Academo fué, por cuanto ocurría que fuera el mes de Junio, donde el calor de la atmósfera y la frondosidad de los árboles estaban convidando con el aire libre. Dicen que el maestro daba sus lecciones yendo y viniendo por entre calles de plátanos, á cuya sombra los discípulos, sentados en sillas á la rústica, tenían puesto el oído á los celestiales conceptos del filósofo en materias tan grandes como el universo y sus arcanos. Esos jardines no habrán sido como los de Semíramis, en los cuales no había cosa que no diese realce á la voluptuosidad : virtud presidía á las acciones de esos hombres tan superiores á nosotros por los sentimientos del ánimo y los vuelos de la inteligencia. Bello era todo, sin salir un punto de los términos de la filosofía, si filosofía puede echarse de ver en la disposición de un huerto acomodado á los placeres de la vista y el olfato. ¿ Mirad si es densa la sombra de esos viejos sicomoros agrupados en la esquina del soto ! En el Egipto es natural este árbol; pero no muere de dolor cuando le trasplantan á la Grecia. El naranjo, verde, redondo, está llovido de infinito número de azahares, cual pequeña bóveda tachonada de fragantes estrellas. El granado ostenta su flor roja, insignia de la legión de honor del reino vegetal : ese cáliz de fuego tiene dientes alrededor : carece de exhalaciones olorosas, pero embelesa á la vista, y en su hondo seno se está desarrollando el fruto compuesto de granos de coral, gustoso y poético, á pesar de su aristocrática insipidez. El aroma, arbusto amable, que da flores sin dar fruto, convida á los silfos invisibles á jugar con sus borlitas de oro. Después de estas plantas femeniles, que

serían las Heloísas, las Elviras, si hubiésemos de buscar novias y queidas para los árboles grandes, se presentan el ciclamor cargado de sus flores carmesíes, en cuyas profundidades se oye la chacota musical de los jilgueros : el cinamomo de racimos opulentos, donde buscan las abejas los principios de su dulce composición. Este árbol es un príncipe : hasta el tronco en él produce olor gratisimo, y sus flores pudieran dar con que se elaborasen elixires y aguas para pañuelos de Ofelias y Desdémonas. El mirto no podía andar ausente del lugar donde se recreaba el filósofo á quien Timón, en son de injuria, había llamado poeta : de ese mirto cogió las ramas, sin duda, con que él mismo coronó á los poetas, sus colegas, para ponerlos respetuosamente en la frontera. Árbol estéril, pues, no da ni flor visible ni fruto comestible, y con todo el más bello y precioso : en él las hojas, frescas y brillantes, se apiñan cual si trataran de formar una esfera de esmeralda. El céfiro tiene sus secretos en sus honestas entrañas, de donde sale armonía tan sumisa, que bien piensa uno que seres impalpables están gimiendo amorosamente en el regazo de la discreta naturaleza.

¿Pues la flores? los rosales están cargados de esas bedijas de púrpura compuestas de hojas encimadas unas en otras; corimbos de botones tiernos, encerrados en cuatro verdes pétalos que les sirven de envoltorio mientras dura la infancia, se yerguen al lado de las rosas jóvenes, esas muchachas pomposas que se han abierto por la noche. La azucena les disputa la palma : su cáliz es vaso de plata suavizado por el rocío, en cuyo seno la corola está temblando, aderezada la cabeza con el polvo amarillo que posee

los secretos de la generación. Trinitarias de mil clases adornan el suelo, proclamando por donde quiera la unión de los corazones en sus dos simbólicos matices. Albahacas, violetas, plantas pequeñuelas muchas y distintas sobrellevan el gravamen de las mariposas que les chupan la dulce sangre, hiriéndolas sin causar dolor, en cuanto agitan las alas en el aire, por no ser de insoportable pesadumbre. El tomillo, el serpolio sazonan la atmósfera y engolosinan el olfato, sin que les vaya en zaga el medicinal poleo, mirmidón insolente que no arría bandera sino ante el jazmín, quien puede embalsamar él solo el palacio de las Musas.

Los seis convidados y el dueño de casa estaban ya reunidos: la mesa puesta en una glorieta cuyo enrejado tapizan plantas trepadoras de flores varias y vistosas. No puedo dar razón del cocinero que sirvió para esta comida de sabios : si Platón tuviera tiempo, hubiera ocurrido por Mithico á Siracusa; y en siendo contemporáneo de Cleopatra, esta golosa reina le hubiera prestado uno de los miembros de su gran sociedad culinaria. ¿Más para qué tan inmodestas prevenciones cuando iba de hombres en quienes sobriedad y castidad eran conjuntas con la sabiduría? Si el cocinero de Platón aderezaba la mejor comida en dos horas, cual otro maese Joachin, no sé : á fuerza de probabilidad viene á ser un hecho que los amigos del filósofo-poeta comieron con admirable apetito las sopas y entradas : Hermójenes erró poco de tomar dos veces del caldo espeso en cuyas ondas sobrenadaban filamentos blancos de pechuga de faisán, y trocitos de molleja tan suave, que la ficédula no es más delicada. « Amigos, dijo

Platón, echo de ver aquí una taciturnidad que hartose parece á la melancolía : pura etiqueta, ó falta de la sangre de los banquetes, que es el vino? Sócrates, tu ejemplo es ley : bebe y habla : de tus labios fluye la sabiduría en dulces términos. — Beberé con vosotros, dijo el maestro; y hablaré sobre el punto que propusiere Fedón. La ausencia de éste fué obscuridad en casa de Xenofonte : quiero que él tenga hoy la mayor parte así en las libaciones como en la palabra.

« Tanto como eso no, dijo Fedón : ¿por qué he de beber yo más que tú? ¿y por qué más que Licón, verbigracia?

« Porque no bebiste el otro día, replicó Sócrates. — Si no bebí el otro día, tú no lo sabes : en Cyciones hay tanto y tan buen vino como en Atenas, y mi amigo Teodato es uno que no piensa quedar bien con los dioses penates, si no saca de sus quicios á sus huéspedes.

« Así como el de Teodato no será el mío, dijo Platón; pero no te desagradarás de éste que viene de Chipre.» Y diciendo esto llenó las siete copas de uno de color amarillo-oscuro, limpio, transparente. Bebieron los filósofos, y dijo Fedón : « Puesto que yo he de proponer el asunto en que vamos á hablar hoy día, quisiera saber tu dictamen acerca de esta proposición : ¿Cuál es la primera de las virtudes?

« El amor á la verdad, respondió Sócrates, sin meditar ni un instante; como que ella es madre de todas las demás, y como que sin ella no puede haber otra ninguna. ¿Concurren en un mismo parecer conmigo, Xenofonte?

« Platón dijo no ha mucho en uno de sus mejores libros, respondió Xenofonte, que la verdad es el cuerpo de Dios y la luz su sombra. La verdad vestida de luz es, por tanto, Dios : Dios es el primero de los seres; fuera de él no hay

nada; luego la verdad es sin contradicción la primera de las virtudes.

« Por donde vengo á comprender, dijo á su vez Licón, que la verdad es persona compleja : viendo estamos, según el decir de Platón, que no hay verdad sin luz, así como no hay cuerpo sin sombra : Dios es amor, amor puro, inmenso; luego la verdad trae el amor en su seno.

« ¿Y cómo no? preguntó respondiendo Fedón : verdad no es sino fuerte amor á lo que es; y aun por eso Platón ha dicho que la verdad es el cuerpo de Dios.

« Los que la ocultan, dijo Sócrates, tomando de nuevo la palabra, son unos como ateos : quien la verdad niega, á Dios niega.

« Y se viste de sombras, ¿no es así, maestro?

« Expresión digna de ti, respondió Sócrates, dirigiéndose á Antístenes, quien le había llamado la atención; y se viste de sombras. La sombra de la verdad es la luz; la de la mentira ¿cuál será?»

Callaron todos á esta súbita dificultad, y se estuvieron meditando un rato. La sombra de la mentira es la muerte con luz y todo.

« ¡ Con luz y todo ! exclamó Sócrates lleno de alegría y admiración : los que mueren inundados en luz, no mueren : luz es mirada de Dios : envueltos en ella, se van, se elevan, caen desde el mundo en el abismo de la inmortalidad, abismo de gloria donde viven devorando ansiosa, deliciosamente esa vida de la cual no tenemos sino un reflejo lejano en la felicidad de la luz. La sombra de la mentira es la muerte : el que la profiere, sopla en la luz y la apaga; la apaga, no para los demás, sino para él mismo;

y obscuro, tenebroso, atormentado por la ausencia de la verdad, muere y se hunde en noche llena de quimeras, noche interminable.

« ¿Por donde podemos sentar que el que oculta la verdad dicta su propia sentencia? — Sí, Xenofonte, respondió el maestro; sentencia de muerte. Y nada suelen requerir los hombres con más empeño que su desgracia: la verdad, cosa tan natural y fácil, no arraiga en sus labios; la mentira, artificio tan complicado, acierta á posesionarse de ellos casi siempre.

« Yo hago una paridad, dijo Fedón: así como la verdad, según Sócrates lo ha dicho, es madre de mil virtudes, así la mentira es madre de mil vicios: ¿correrá ella á cuatro pies? ¿digo la paridad que he puesto?

« ¿De mil vicios, Fedón? de todos los vicios pudieras decir, respondió Xenofonte. No hay crimen ni infamia que no sea una negación, esto es una mentira: el asesino niega la vida de su semejante; el ladrón niega la propiedad ajena; el blasfemo niega el respeto debido á los dioses. Ahora, si va á los vicios, el disoluto niega la continencia; el avaro niega la largueza; el calumniante niega la caridad. Siempre una negación, esto es, siempre una mentira multiplicada por ella misma.

« Si mis cuatro palabras en orden á la verdad han dado origen á tan nobles discursos, por dichoso me tengo de haberlas proferido, dijo Platón. Sócrates, ¿entre axioma y axioma pegaría bien un trago de vino? ¿Mal, dices, amigo? *La verdad está en el vino*; así, lejos de perjudicarla, puede ser que la acrisole: echa acá esa toma inspiradora, y fomenta el buen humor, sin el cual sabiduría viene á ser persona hosca é intratable.

« Puesto que la verdad está de triunfo entre nosotros, no ha menester nuestras recomendaciones: ¿por qué ó por quién brindas, Sócrates? volvió á decir Platon.»

Quedó el maestro viendo alrededor, y fijando la mirada en Autólico: « Muchacho, tú no has intervenido en nuestra disquisición: ¿en qué has pensado mientras nosotros hemos hablado? ¿en la belleza, probablemente, como Critóbulo? » Autólico, sorprendido, comenzó á echar sangre por las mejillas, tanto más hermoso el joven, cuanto la vergüenza le daba un baño de pudor femenino que volvía embelesante su agraciada persona. Lycón hubo de responder por él: « Á este niño, cuando ocurre que no escucha, le sucede que está pensando en su padre.

« Estuve pensando en mi padre », repitió Autólico con voz del cielo. Todos los convidados aplaudieron estrepitosamente; y Sócrates propuso un brindis por el amor de Autólico á su padre.

Si los griegos comían truchas, no habrán sido las de Gatchín, tan renombradas en nuestros días. Como hayan sido truchas eso me da que hayan sido tomadas en el Eurotas, aunque no doy razón si el río de los héroes criaba el pez de que suelen gustar ricos y gastrónomos. Tengo sí especie de que los esparciatas decían á menudo: Ó ayunar, ó comer trucha; dando á entender que un ánimo generoso desdeña triunfos baladíes y goces terreros, puesta la mira en acciones grandes, de esas que labran la gloria de los valientes en el templo de la fama. Los griegos no comían, como queda dicho, truchas de Gatchín: es asimismo verdad de á folio que no comían ostras de Ostende, esas con las cuales la Bélgica regala á

los príncipes y magnates; y verdad de clavo pasado, que ni atenienses, ni argivos, ni beocios comían trufas de Perigord, ni espárragos de Aranjuez, ni queso de Chantilly. Nada han perdido por no haber catado estas delicadezas y golosinas de los tiempos modernos; pues las con que ellos se regalaban eran, sin duda, más suaves y gustosas que las con las cuales nosotros nos ahitamos. ¿Y qué tenían que envidiar esos antiguos á las generaciones venideras en orden á ninguna cosa? Para el patriotismo, Maratón, las Termópilas : para la elocuencia, Demóstenes, Hipérides : para la poesía, Esquilo, Sófocles : para la historia, Heródoto, Tucídides : para las artes, Fidias, Praxíteles : para el amor, Aspasia, Friné : para los vicios brillantes, Alcibiades, Alcibiades : para la mesa, el faisán de los bosques macedónicos, ave tan hermosa como exquisita, á la cual se la mata echando lágrimas, y se guardan sus plumas verdes, azules y doradas para ornamentos y gracejos. La perdiz del Atica, gorda y suave : el papafigo del Peloponeso, ese que reina en grandes mesas. ¿Qué otra cosa? Por dicha no va hoy de un banquete de Epicuro, para que echemos de menos la instrucción en lo tocante á materias comestibles y modos de componerlas. Para uno como Platón, basta decir que hubo lo necesario, servido con decencia primorosa, viéndose los convidados la cara en platos y vasos, cual lo había de requireir después el poeta que aprendiera el mundo en casa de Mecenas y en el palacio de Augusto.

Trajo un criado una ánfora de cristal azul salpicado de setrellitas de oro, y dijo Platón : « Este es un vino generoso que ha vivido más de lo que hemos de vivir nosotros;

sabéis, oh amigos, que en una de mis obras aconsejo salir de cuando en cuando de la estricta sobriedad que debe ser regla del filósofo; y aun permito la embriaguez una vez al año.

« Fundas tu consejo, respondió Xenofonte, en el principio de Hipócrates, quien tiene por rigidez muy ocasionada el estar girando de continuo en la órbita de hábitos y costumbres inalterables. — Larga costumbre viene á ser ley, dijo Antístenes; y ley infringida apareja castigo. — Efectivamente, agregó Xenofonte, la violación repentina de la abstinencia ha causado muerte no pocas veces. Hipócrates, que le había examinado las entrañas á la naturaleza, tomándolas en las manos, estaba en sus obscuridades y dificultades.

« Hipócrates, dijo á su vez Fedón, hablaba del peligro del estómago : al que no ha bebido sino agua pura toda la vida, no le será dable saludar al dios delirio con un vaso de ese fuego disuelto que produce tan felices arrebatos, cuando nos contenemos en los términos de la moderación. No de otro modo, al que jamás ha comido carne podrá muy bien quitarle la vida un repentino hartazgo de viandas. Pero nosotros para quienes el vino, sino familiar, no es desconocido, ¿por qué no hemos de seguir el consejo del médico de Coos, hombre inspirado por la Divinidad misma? ¡Salud! y sea por que Gracias y Musas no se aparten de nosotros».

Bebieron todos, y Xenofonte dijo : « Ya sabemos cuál es la primera de las virtudes, Sócrates; ¿nos darás ahora el gusto de exponer tu opinión respecto de la segunda? — Yo pienso que es la justicia, Xenofonte : hacer justicia es

darle la razón al que la tiene; por donde venimos en conocimiento de que estar en lo justo no es sino estar en lo verdadero.

« La justicia, maestro, ¿viene por consiguiente á ser la verdad vestida de áspera tela? — No es otro mi parecer, Antístenes : las virtudes dimanar unas de otras; su eslabonamiento es infrangible, y ocurre que yendo agua arriba por ellas, hemos de llegar á su madre. La de todas, ya lo hemos visto, es el amor á la verdad.

« ¿De suerte, dijo Lycón, que el origen de este caudaloso y apacible río que llamamos virtudes está descubierto? — Nunca ha sido un misterio esa fuente sagrada, respondió Sócrates, sino para los que temen su prestigio : todo el mundo sabe que el que adora la verdad no puede aborrecer la justicia.

« De ninguna manera, dijo Platón á su vez : negar justicia al que la tiene, es ocultar la verdad. La justicia de los dioses es la verdad encarnada en ese cuerpo negro y terrible que se llama castigo, ó en ese delicado y hermoso que conocemos con nombre de razón ó reparación. « El hombre injusto es el peor de todos : está viendo la verdad, y le hace el insigne agravio de negarla. Oh tú, le dice, que te hallas á mis ojos fulgurando de gloria, no existes. Y esta negación espantosa es imprimida en la sentencia que dicta ó en la palabra que profiere. Ese pobre de verdad es indigente de esperanza : ni los hombres le favorecen con una caridad de buena fama, ni los dioses le agracian con sombra de misericordia.

« Proporcionas ahora una prueba del principio sentado en nuestro banquete del otro jueves, dijo Sócrates : si te acuerdas, Antístenes, uno de nosotros adelantó esta

idea, que cada persona, según su constitución y genio, tiene un pensamiento primordial que gobierna sus discursos. — Critóbulo, verbigracia, agregó Fedón, de cualquier materia va á dar á la belleza, bien así como Sócrates no puede hablar de nada sin hacer sublimes diversiones al campo de las virtudes.

« Autólico no quiere salir fiador de Critóbulo, respondió Sócrates : no ha hablado de la belleza, siendo así que entre estos dos admirables niños cualquiera de los dos que se halle presente, ese se lleva la palma.

« Él dice poco de palabras, hizo notar Xenofonte; pero mirad si está corroborando el principio recordado por Sócrates, con ese torrente de púrpura líquida que se le agolpa á las mejillas.

« Estaba el muchacho debajo del poder de la vergüenza, esa ardiente timidez del alma que no pudiendo contenerse en las regiones del espíritu, sale afuera y se presenta en el rostro como fuego atizado por una vestal invisible. Merced me haréis, dijo Lycón, si apartáis de este joven los ojos : ¿veis que está para morir al poder de vuestras miradas?

« Que diga su parecer tocante á la belleza, y le perdonamos la vida, respondió el más feo de los griegos; el más feo, después de Esopo.

« ¿Qué piensas, Autólico, en el punto que se ha propuesto? dijo Lycón.

« Que no es el mayor de los bienes, respondió el adolescente con voz trémula, pero argentina y armoniosa.

« Dejadme pensar, volvió á decir el viejo Sócrates : si la belleza no es el mayor de los bienes, la fealdad no es el mayor de los males : en este caso estoy salvado.

« No te mueras, respondió Antístenes : ni fealdad, ni pobreza son grandes males : ni tú con el un defecto, ni yo con el otro somos cautivas criaturas ó entes miserables.

« Tú con el un defecto podrás no ser el más infeliz de los mortales; pero yo con uno y otro...

« ¿Luego tú también eres pobre? preguntó Antístenes con señalada ironía. — Tunante, replicó el maestro, ahora es cuando lo vienes á saber.

« Si gustáis de escucharme, dijo Fedón, os recordaré lo que estáis olvidando : ni tú, Sócrates, eres feo; ni tú, Antístenes, eres pobre.

« ¡ Atájame esos pavos! exclamó el hijo de la partera : yo me los llevo de calles á Critóbulo, Autólico y Alcibiades en hecho de hermosura y gracia de maneras.

« Alcibiades has dicho, tornó á responder Antístenes : ese gentil mozo, así como le dió de bofetones al librero que había corregido la *Iliada*, asimismo se los daría al mal aconsejado que sostuviese haber en el mundo hombre más perfecto que Sócrates.

« Y aun por eso, agregó Fedón por su parte, el otro día dijo en mi presencia hablando del maestro : « Yo no sé qué divinidad se difunde por su rostro cuando tiene la palabra : ese hombre tan feo es el más bello de los hombres.»

« ¡ Cepos quedos! ¿se trata ahora de darme cantaleta? Guardaos de un berrinche de los míos.»

Riéronse á esto más de cuatro de los asistentes, y dijo Fedón : « ¿Berrinche de esos que tomas con Xantipa cada lunes y cada martes?

« Xantipa, repitió Sócrates : mi pobre vieja, mi pobre

amiga... ¿Qué fuera de mi hogar, si yo me subiera á la parra junto con ella? La lengua, en las mujeres, no es arma defensiva : si no pueden defenderse de las nuestras, dejadlas que ellas también acometan á su modo alguna vez.

« ¿Quieres decir que tu mujer nunca se va á las manos? preguntó con un si es no es de indiscreción el viejo Antístenes.

« Nunca, respondió Sócrates sonriendo.

« Por acá hemos oído, dijo Plátón en tono de chanza, que un día te tiró á la cabeza un cántaro lleno de agua.

« Mucho que sí, respondió el filósofo de la paciencia : había tronado toda la tarde; era preciso que al fin lloviera.»

Autólico, que ahora había estado con las orejas tan largas, fué el primero en soltar la carcajada, sin caer de ello en la cuenta; carcajada que fué seguida por cuantos eran los asistentes. « Oiga, dijo el marido de Xantipa, ¿esto sí que te ha gustado? Quieran los cielos que la tuya, cuando ellos te la deparen, te eche cada día, no un cántaro de agua á la cabeza, antes bien un raudal de dichosas emociones en el corazón.

« Bien está todo esto; ¿pero qué es de la materia que teníamos entre manos? dijo Antístenes, poniendo punto á la chocarrería de los sabios.

« Si mal no me acuerdo, respondió Fedón, hablábamos de la verdad. — Y de la justicia, agregó Xenofonte. Amor á la verdad, primera de las virtudes; amor á la justicia, segunda. ¿Cuál es, Sócrates, el tercer eslabón de esa que tú has llamado cadena de obras lícitas?

« ¿Cuándo la llamé cadena de obras lícitas, si eres servido de decirme? Tú llamas así el eslabonamiento de las

virtudes; y por los dioses que nunca he oído más lindo modo de decir. El que practica estas dos virtudes por inclinación y costumbre, ya no podrá faltar, me parece, á las otras: difícil es que el que tiene encerrados pensamientos y acciones en esas dos semiesferas, pueda desviarse por ninguna parte á esas perjudiciales irregularidades que conocemos con nombres de vicios y delitos. La tercera de las virtudes, á mi modo de ver, sería la probidad; ¿pero qué es ella sino la justicia? Varón justo, varón probo: varón justo y probo ¿de qué virtud no será capaz?

« Yo doy con una que no dimana de éstas necesariamente, dijo arguyendo el padre de Autólico; y es el valor.

« Das salto en vago, Lycón, respondió Sócrates: entre las acciones humanas que entrañan grandeza las hay que son y se llaman virtudes; y otras que vienen hacia la virtud, pero se quedan en sus umbrales, sin aliento para seguir adelante. Éstas no son propiamente virtudes, sino prendas que recomiendan al dueño de ellas, sin ceñirle las sienes con la corona de la filosofía.

« Estoy en un corazón contigo, dijo Platón; el valor no es virtud; es sí prenda que realza y concilia gloria mundana al que la posee. Hombres inicuos pueden ser valientes: si el valor no está resplandeciendo con la generosidad, la magnanimidad, y el valiente no se halla animado de buenas intenciones, el valor es una gran cosa que no vale de nada.

« Habláis, oh amigos, del valor de la batalla, según veo: puédenlo tener hombres aviesos: el valor filosófico, valor contra el cual se estrellan males y dolores, asaltos del mundo y tribulaciones de toda clase, es virtud, me parece, virtud de las primeras, virtud fecunda?

« Eso no hay quien lo quite, respondió Platón; pero habrás de confesar, Fedón querido, que este valor filosófico, según lo has llamado, no puede ser independiente de las dos virtudes matrices, amor á la verdad y la justicia? Cabalmente el filósofo opone resistencia á los requerimientos del mundo inicuo, y desbarata los quebrantos que vienen contra él, en razón de esa fuerte cohesión que forma un solo cuerpo de él, la verdad y la justicia. Hombre enemigo de estas dos virtudes no tendría, yo presumo, valor para las embestidas de esa cohorte de males que con mil nombres y colores se vienen contra nosotros.

« El caso es, dijo Sócrates, que el valor filosófico suele tener nombres más propios, los cuales no dan lugar á molestas distinciones. Llámase paciencia, sufrimiento.

« Eso es para resistir, dijo á su vez Xenofonte: ¿quién afirma que en el mundo somos para resistir, no para acometer?

« No hay quien lo afirme, respondió Sócrates: errores, iniquidades, sinrazones de todo linaje embestidas han de ser por los buenos, quienes tienen cargo de mejorar el mundo, purgándole de todo lo que le obscurece y desvalora. La violencia del espíritu que rompe hacia afuera y arde sobre los malvados, no hay duda sino que se llama valor, discípulos y amigos míos; y entre éste y el de la batalla puede ir lo mismo que entre la fuerza de la luz y la de las tinieblas.

« Tú no has hecho sino responder, dijo Lycón: ¿ya quisieramos oír cuál sería una pregunta salida de tus labios?

« ¿Preguntar? Pues yo pregunto qué es honestidad, y si ésta se ladea con las virtudes de gran porte.»

Á esto respondió Fedón: « Habéis dicho que el amor á

la verdad y la justicia son las dos virtudes matrices : ahora que Sócrates ha hecho su pregunta, yo me arriesgo á sostener que las virtudes matrices son tres. De la honestidad : ¿qué de virtudes? de la honestidad : ¿qué de bienes?

« En la órbita donde giran las acciones de la mujer, honestidad es la primera de las virtudes, dijo Sócrates : mas tened entendido que esta sola no basta para volverla respetable y amable, requisitos sin los cuales apenas tendrá fuerza para subir las gradas del trono que le tenemos erigido. Honestidad sin bondad ni modestia puede ser deidad temible : la mujer ha de ser respetable y amable á un mismo tiempo. De la honestidad, como veis, no se derivan por fuerza ni la bondad ni la modestia; por donde vengo á creer que ella no es del todo virtud matriz, si bien da nacimiento á muchas y grandes cosas.»

Cuando estaban hablando así los siete filósofos, hablaban de sobremesa, pues la comida se había terminado con ciertos sorbetes de color de rosa, servidos en largas copas con precintas de oro. Fedón tuvo la palabra, requiriéndolo así el dueño de casa : « Sócrates brindó no ha mucho por el amor de Autólico á su padre; yo brindo ahora al silencio de Hermógenes». Y apuraron el último trago del vino añejo de Chipre.

« Hermógenes ha hecho aquí de Zenón, dijo Antístenes. — ¿Tan mal me juzgas? ¿piensas que he estado callado por soberbio? Fuí, según pienso, el que primero habló; mas como viese que nadie quiso ser el del silencio, me acogí á él y he estado escuchando. Si vosotros con el uso de la lengua, si yo con el del oído, será cosa que se averigüe despacio cuál sacará más provecho de esta conversación.

« En nuestro próximo banquete, y no hay duda sino

que Alcibiades nos dará uno, dijo Sócrates, el del silencio seré yo.

« Puesto que no asistieres, respondió Xenofonte : de otro modo ¿de quién la palabra sino tuya?»

Entraron todos á una sala adornada con bustos de mármol del Pentélico, y habiéndose lavado las manos en fuentes de búcaro resonante, tomaron junto con Platón la vuelta de Atenas, y cada cual á su casa.

BANQUETE DE ALCIBÍADES

Sobre ser el más bello de los griegos, era rico este Alcibiades, cumpliendo así con las dos condiciones de la felicidad humana que son, como en otro lugar quedó insinuado, buena cara y buen dinero. En cuanto al otro requisito, sabido es que ese gran señor de Atenas era uno de los más valientes y mejores generales de la República. ¡Raro empeño el que naturaleza había puesto en esta obra maestra, una de sus más queridas y perfectas! Soldado, orador, filósofo, enimente en cualquier profesión y cualquier ramo de nuestras habilidades, se las tenía tiesas á los varones más provecos, ya en la tribuna, ya en el campo de batalla. Con decir que le levantaba el gallo á Pericles, dicho se está que el mozo era de los que en ese tiempo saltaban por las picas de Flandes. Disputando acaloradamente un día con su tutor, siendo joven de veinte años, apretaba el tornillo de manera, que Pericles, puesto en calzas prietas, se fué de todas y echó por el atajo : « Tam-